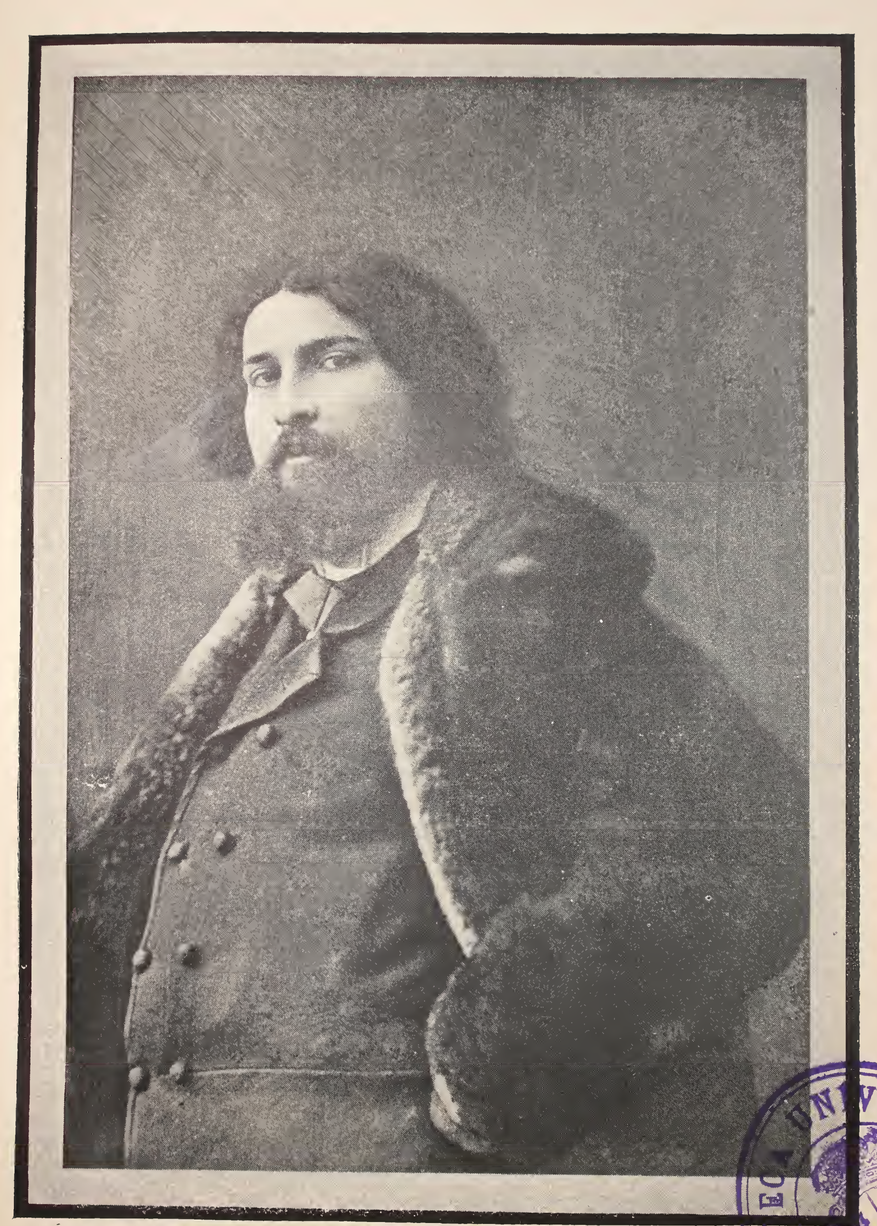


Cliché MULNIER.

Rep. Gabriel Léo.

DANIEL VIERGE

1851-1904

ENSAYO

SOBRE

DANIEL VIERGE

POR

LEOPOLDO GARCÍA-RAMÓN



LIBRERÍA DE LA V^{DA} DE C. BOURET

PARÍS
23, RUE VISCONTI, 23

MEXICO
14, CINCO DE MAYO, 14

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

DON FERNANDO DE LEÓN Y CASTILLO,

MARQUÉS DEL MUNI

En prenda de gratitud y simpatía.

Junio del 1904.

Conocí á Daniel á los pocos días de su llegada á París y mútua simpatía nos unió al momento en estrecho lazo fraternal, hasta el punto de no poder pasar sin vernos á diario primero, y al fin, de vivir juntos cosa de dos años, para soñar con más espacio el porvenir risueño.

Lo he querido con toda mi alma, que es de las que se dan para siempre, con sus cualidades y defectos, tal vez más á causa de éstos, pues eran amables ; lo he admirado apasionadamente asistiendo á la concepción, á la ejecución de sus obras, al soberano desarrollo de su genio.

No sé si todo ésto me dejará la veracidad y

la imparcialidad necesarias para la exacta apreciación del artista y del hombre, tan unidos que son un todo inseparable. Pero, como fuere, el desahogo de hablar de él es calmante que reclama mi ánimo dolorido por su muerte.

Por eso escribo este ensayo.



ENSAYO

SOBRE

DANIEL VIERGE

Era Daniel Urrabieta Vierge de raza española pura, por su padre y por su madre; que si ésta, como su apellido parece indicarlo, fué de origen francés, nada de sus principios conservara y habíase hecho la española más neta y cabal que alentase en Castilla. Salió pues el artista, español por los cuatro costados, en el ver, en el sentir, en el pensar, en el concebir, y á pesar de prodigioso espíritu de asimilación, tan español permaneció después de treinta y cinco años de residencia en Francia, como al cruzar sus fronteras con el signo del conquistador triunfante.

Preciso es afirmarlo desde ahora, ya que por sí solo explica la más potente y primitiva dote de su ingenio, el color. No se olvida que su gran educador artístico fué el Museo de Madrid, y dentro de él, las obras de los pintores más luminosos, Goya y Velazquez; pero, si por acaso acrecentaron la genuina tendencia y la secundaron con misterioso influjo, no la crearon puesto que era ingénita. Ni tampoco crearon el instintivo amor al natural que aborrecía todo lo convencional y falso, que iba á la verdad como á fuente opima y única de toda belleza artística.

Repentinamente, sin esfuerzo, el muchacho de diez y ocho abriles acostumbrado á copiar los paletos de Getafe, creó personajes, escenas, multitudes de todo género, mujeres y niños, nobles y plebeyos, militares y paisanos tan típicamente franceses como el más francés, por la razón sencilla de que no imaginaba sino que sabía ver y dar forma concreta á su visión.

Se recuerda físicamente á un sér querido en el momento de gozar la plenitud de su vigor, y nunca logra el espíritu representárselo de otro modo. Este cróquis quiere delinearlo á los veinticinco años.

Alto, esbelto, robusto, tenía el cuerpo elegante y garboso; y sobre el cuerpo, ancho de hombros y pecho prominente, la cabeza más hermosa y simpática por la tersa frente bien calzada de negrísimo pelo, por la firme nariz casi cuadrada en su punta, las redondas mejillas de sano color moreno claro, la sedosa, poblada y desaliñada barba, la boca expresiva, y los ojos, tan abiertos, tan lucientes que encerraban caudales de rutilante luz, tan encantadores que las mujeres, al pasar, se embebecían en ellos, tan risueños en fin y repletos de tan profundo júbilo, que no se comprendieran bañados en lágrimas á no ser de alegría que era la dominante de su carácter, fatalista sin que de ello se diera cuenta.

¡Ah, la deliciosa florescencia de aquella juventud! Marchas militares, canciones báquicas, cantares andaluces, muñéiras y jotas y guitarreo; cuentos picantes, lecturas históricas, versos, sobre todo del purísimo Becker, farsas, disfraces, brincos y risas incesantes, interminables, claras como cristalina cascada, éso fué su taller durante el descanso, y á las veces, cuando había amigos hábiles, aun durante el trabajo.

Entre el humo de los cigarros, al compás de la guitarra, acompañando malagueñas ó zorzicos, el artista manejaba el lápiz con rapidez pasmosa, terciando en la conversación ó el canto, sin cansancio aparente, como jugando; poco á poco, la madera se poblaba de monos, — decía él, — y episodios marítimos, combates en tierra firme, fiestas populares iban brotando de la confusa primera mancha; toda aquella humanidad andaba, se agitaba, subía por acá, caía por acullá, viviendo intensa vida. Don

rarísimo éste de hacer palpitar y vivir las grandes agrupaciones de seres, y del que sólo existe ejemplo literario comparable en el « *Germinal* » de Emilio Zola.

No imaginaba, pero creaba de memoria, sin necesidad de modelos. Había copiado tanto y tanto seguía copiando el natural, que no ignoraba ninguna posición, ninguna contorsión del cuerpo humano, ninguna de los animales que se ven á diario, caballos, perros, gatos. Las actitudes más caprichosas, los escorzos más violentos no le enfriaban en el fuego de la composición. Los encontraba en sus innumerables apuntes, los recordaba por haberlos visto como si delante los tuviera, y los sentía con tal verdad que eran la verdad misma. La impecable corrección del dibujo, léjos de la preciosa frialdad académica, era movida, valiente, vibrante. « Qué, hijo, esas son farándulas, decía; tan artística es una blusa como una toga; el caso es saber hacerla con « *chic* ».

Hay vocablos que, por haber chocado, entran en la mente para no salir ya de ella, aunque la boca los repita á manera de fonógrafo, miles de veces ; tal era para Vierge la voz « chic ». Cuando quería expresar la excelencia de cualquier cosa echaba mano al término, « chic ». Y si estaba muy convencido añadía : « Pero,... « chic ». Hasta la « *Suma* » de Santo Tomás hubiera sido para él « chic ».

« Chic » se dirá pues que era, en el sentido de perfección que él le atribuía, la composición de sus dibujos, sin exclusión alguna, desde el primero al último. Véanse las planas del antiguo « *Monde Illustré* », recordando que son trasuntos de actualidades ejecutados al correr del lápiz, algunos en horas contadas, con un mozo en el taller esperando que acabara para llevarse la madera en volandas al grabado, en ocasiones sin haber comido, postrado por el sueño, y pasmarán más aún la inteligencia sorprendente de la perspectiva,

la soberana armonía de las figuras con el medio en que las presenta, la riqueza de las agrupaciones, la exactitud de las posturas, todo lo que hacía que sus dibujos se comentasen y admiraran no sólo por el público sino en los talleres, entre pintores, al par que la incomparable y aunque imitada luego nunca alcanzada mancha de su claro oscuro.

¡Cómo pudieran ignorar los secretos de la luz aquellos brilladores ojos azules que parecían haberse asimilado toda la del cielo español de Castilla con su esplendidez y medias tintas, y que supieron asimilarse aquí toda la rica gama de grises del cielo de Paris? Conocía todos los secretos de la luz, y este conocimiento tan profundamente sentido y tan hábilmente expresado, es lo que dá á sus obras su más marcada personalidad, distintivo absoluto que hace inútil la firma y lo levanta por encima de todos los dibujantes de su

tiempo, consagrándolo verdadero colorista en blanco y negro.

Nótese que esta mancha cambia siempre aunque sea la misma, como cambian los reflejos del mar, que el mar es siempre; es, según los casos, vibrante ó discreta, enérgica ó suave, violenta ó dulce, sin dejar de ser original y graciosa. No hay toque de luz por ligerísimo que sea, por singular que parezca al pronto, que no esté en su sitio, de tal modo que, cubrirlo, es desordenar toda la unidad del cuadro.

Por éso se afirmó que era dote ingénita, ni enseñable ni aprendida; llevábala el artista en lo recóndito del alma desde el seno materno; el estudio de los maestros españoles que se nombraron y eran para él, desde muy niño, elevadísimas cimas del arte que nadie consiguiera escalar por completo, que adoraba sobre cuantos pintores existieron en su tierra y en las agenás, fueron sin

duda los mudos reveladores que le descubrieron su facultad interna de sentir la luz, de crear luz, pero no más; verdad apodíctica que podrá confirmar cualquiera considere sus obras desde este punto de vista.

En cambio, no es ménos cierto que le enseñaron á dibujar, á considerar el dibujo como la ancha base que había de sostenerlo todo, composición y claro oscuro. Hay en el magistral « *Don Pablo de Segovia* » algunas láminas con rarísimos toques de sombra, en que las figuras, hechas al trazo, se destacan sobre el fondo blanco tersas y puras como ejecutadas de golpe, sin levantar la pluma del papel; en ellas conviene estudiar de preferencia la firmeza, la seguridad, la impecabilidad de la mano que las delineó; siendo de tener en cuenta que son figuras en posiciones atrevidas, llenas de movimiento y brio. Debía Daniel esta lección á Velazquez, que no en balde lo estudió y copió hasta metérselo en la

entraña. Y debía con más particularidad á Goya la enseñanza del contraste, de las líneas quebradas, de soñar, de recrearse con visiones horribles ó fantásticas, y más que nada, osar, atreverse á todo, sabiendo que la maestría lo impone todo.

El padre de Daniel, Don Vicente Urrabieta, notable y fecundo dibujante, tan fecundo que fué en su época casi el único ilustrador de novelas en España, y el primer maestro de su hijo, reconocía tan claramente la superioridad de éste que, con llaneza simpática, le consultaba y solicitaba su parecer al hacer un dibujo. Y esta deferencia del artista viejo por el joven ingenio resultaba más conmovedora al compararla con el tono protector y los consejos dados de alto de ciertos compañeros muy inferiores pero ya con un nombre. Escuchábalos Daniel sonriendo, sin discutir, ¿para qué? pensando : « ¡ Bueno, hombre, bueno, espera ; yá verás tú lo que es canela ! »

Esta finísima canela fué de tal esencia, que Edmundo de Goncourt la definió un dia diciendo : « *Ce gaillard-là est en train de changer la façon de dessiner.* » Y en verdad fué el iniciador del arte de la ilustración actual, pues de él data su renacimiento. Supo siempre lo que quería hacer y lo que hacía; por capricho, singularidad ó designio de asustar á los timoratos, á los clásicos, exageraba una actitud, ó una mancha, ó cortaba una figura de manera desusada y violenta, exclamando con ironía, como burlándose de sí mismo, que era burlón, sobre todo cuando fingía hablar con seriedad : « Esto va á llamar la atención. » Y la llamaba, con efecto, pues salía una belleza debida á la divina inconsciencia del genio.

Mas, en general, no andaba á ciegas, imponía su visión, aun sabiendo que, por el pronto, no lo entendería la masa del público, hecho á otra cosa; ni necesitaba de críti-

cas siendo su crítico más severo él mismo, quedando rara vez satisfecho, considerando la generalidad de sus ilustraciones como tarea propicia para ganarse el pan, reservando sus ensueños de hermosura y perfección para cuando, ya rico, pudiera pintar, á su sabor, lo que quisiera.

La particularidad de su espíritu zumbón se traduce en sus obras por irresistible nota cómica en algunos vejetes almibarados y compuestos, en las escuchimizas viejas emperifolladas, en los picarescos granujas, en la estultez de ciertas caras que, sin ser caricaturales y respirando exactitud, mueven á risa por algo indefinible que los ridiculiza. ¡ Cuánta potencia, por otra parte, en su manera de exteriorizar los sentimientos que animan á sus personajes y qué variedad y riqueza en las expresiones de las fisonomías ! Grupo considerable de personas, de clase y condición distintas asisten, por ejemplo, á una exposición etno-

gráfica de tales ó cuales salvajes. Y es de ver cómo se pintan en aquellos rostros la sorpresa, la curiosidad, el asombro, la mofa ó la indiferencia que experimentan. Gestos y muecas hacía el artista lo más á menudo al dibujarlas para sentirlas más hondo, y cuando se sorprendía en el espejo que tenía delante para iluminar mejor el papel, rompía en tan sonora y comunicativa carcajada que era forzoso reirse con él.

Enamorado de la vida, que era su pecho receptáculo de las más rica y potente, debía amar cuanto era vida y en todas sus manifestaciones; pero, como todos los grandes artistas, la apreciaba y saboreaba mejor en el pueblo ; prefería la fuerza, los colores frescos, la bien proporcionada corpulencia á las carnes pálidas, á los bustos espiritualizados por la magrura ; á la elegantísima duquesa, la más sencilla burguesa, y á ésta la mujer del pueblo repleta y sana, con los atributos de las de su

tierra, talle esbelto y fino, recogidos hombros, senos y caderas abundantes, sin exceso inarmónico. Se ha dicho que sus mujeres no son bonitas y es verdad, no lo son, porque son más que bonitas, son artísticamente hermosas, con una arrogancia, un garbo y un meneo en sus cuerpos salerosos que las distinguen entre miles.

No había para él feo ni bonito, todo era vida y ésto le bastaba para serle simpático. ¡ A cuántos no han chocado ciertas campesinas españolas de los dibujos de Daniel, feas, pero soberbias mozas robadas á las tierras de Castilla para lucir aquí sus atractivos ! Y era natural, pues les daba el artista la verdad escueta y nó la España convencional y relamida á que es tenían acostumbrados.

Paisanos, gañanes, carreteros bien ó mal trajeados, según sus quehaceres del momento, son para su lápiz seductores modelos. ¡ Con qué cariño, qué vigor, qué entonación los

planta en posiciones naturalísimas pero que no se olvidarán pues vuelven la realidad más atractiva y hermosa que la realidad misma! Muy despreocupado en cuestiones de indumentaria para él, que más gustaba de cómoda americana y blando hongo que de ceñida levita y sombrero de copalta, no dejaba de usarlos ni los pintaba con ménos placer cuando ocurría, vistiendo también con refinamiento y lujo á sus damas; pero, visible está que la chaqueta, la manta valenciana, la andaluza bota y la falda corta de las aldeanas de su país, le encantan con más viveza y dan á su pluma caprichosa diablura, gracia sin igual, superlativa animación. Estúdiense los tipos de gitanas y véase ésa gracia en la manera de recogerse las enaguas, de terciarse el pañolón sobre el pecho, de posar el pié en el suelo, de ponerse, triunfalmente, una flor en la espesa greña.

Por éso es el ilustrador más comprensivo,

más sentido, de los Picarescos españoles y del « *Quijote* ». Es de notar esta influencia profunda y que nada borrará del suelo nativo, si se recuerda que el artista dejó á su patria á los diez y ocho años, casi un niño grande, y que venía á un pueblo que se asimila rápidamente al extranjero que recibe en su seno, imponiéndole sus modos de ver y de sentir.

Daniel recibió las inspiraciones nuevas, se ensanchó su cerebro en este centro intelectual tan dominador y absorvente, escogió sin prisa y con acierto lo que podía faltarle, pero no olvidó las primeras impresiones sino que, por el contrario, las experimentó con más fuerza á medida que pasaba años alejado de España. Ni se afrancesó en la generalidad de sus ideas ni en su manera artística que modificó con frecuencia, poseyendo el don especial de renovarse sin dejar de ser él, y, español en el pensar, siempre fué español como colorista.

Tanta belleza no la vió el público al momento, pero la vieron desde luego los inteligentes, adivinando que, para el arte de la ilustración, apuntaba un sol nuevo. Por éso fué tan repentina su fortuna, su aclimatación en París. A poco de publicar el « Monde » sus primeros dibujos, flores perfumadas y vistosas, pero no todavía los frutos sazonados que no debía tardar en producir, la mayor parte de los cróquis enviados á ese periódico traían como anotación esta súplica : « Que lo ejecute Vierge ».

Y era el verbo el apropiado, porque Vierge no se contentaba con desarrollar el cróquis, lo ejecutaba con milagrosa adivinación, y de ligerísimos apuntes hechos al vuelo, sacaba páginas acabadas por encima de la vulgaridad corriente. Fué ese apoyo de los corresponsales franceses y extranjeros el primer paso decisivo que, en realidad no hubiese bastado de no encontrar en Carlos Yriarte y en Dalloz,

dos admiradores fervientes que descubrieron al punto el elevado porvenir del artista.

« No hay hombre sin hombre », la vida prueba á cada paso la exactitud de la sentencia, y si otros pudieran haberse presentado, pues en el caso hubo dos, es el hecho que los hombres de Vierge fueron Dalloz é Yriarte y es mero tributo de justicia asociar sus nombres delante de la historia. Cuando Daniel, un niño como ya se dijo, visitó á Yriarte para pedirle trabajo, chapurreaba el francés más cómico del mundo, no llevaba recomendación alguna. Pero sí llevaba algo, y algo más; su juventud, su gallardía, su ángel, la simpática dulzura de sus vencedores ojos que le volvían irresistible. « Haga Vd. lo que quiera », le dijeron. No tardó en hacerlo, sin que ahora se recuerde lo que fué, y la sorpresa recibida por Yríarte llegó á tanto que no pudo ménos de manifestarla con explícito elogio y la declaración de que tenía el perió-

dico á su disposición. Franco estaba el paso ; no quedaba más que trabajar.

Que Daniel Vierge trabajó lo atestiguan sus obras, los centenares de dibujos dados al « *Monde* », al « *The Graphic* », á otras publicaciones extranjeras, sin contar los libros ilustrados, algunos de ellos verdaderamente monumentales, sin contar las montañas de apuntes y bocetos, en especial episodios de la guerra del 70 y la *Commune*, ejecutados en el breve espacio de doce años mal contados.

Educado con mimo, pero severamente por sus padres, tenía para trabajar el ejemplo del suyo, que tanto trabajara ; tenía más aún su amor desordenado y ciego á su arte que cuando rendido por horas y horas de taller, se paraba para descansar, no salía de su abstracción y postración sino era para explicar cualquier cosa dibujándola. Ponerse delante de la mesa á las siete de la mañana hasta el almuerzo ; tomar de nuevo lápiz ó pluma de

dos á cinco, y tras un paseo y pronta comida, volver á la tarea hasta las doce de la noche, cuando nó la noche entera, ésa fué, con excepciones muy contadas, la existencia de Daniel.

Para soportar tamaña y tan continuada actividaddel ánimo sin enfermar, sin fatiga física ni intelectual, precisaba la robusta constitución de luchador incansable que debía á sus padres, tan sanos y robustos como él. Precisaba también un carácter como el suyo, que merece indicarse, siquiera sea á grandes rasgos, pues explicará no sólo esta constancia del esfuerzo en un sér tan joven, sino muchas particularidades de su ingenio.

Sanguíneo, de osatura montañesa que no excluía la delicadeza de las extremidades, bien equilibrado, era sereno, risueño, alegre, sin neurósis ni exageraciones imaginarias. La energía, la vitalidad de sus figuras proceden de ello; forzosamente se le ponían delante, solicitando representación artística, seres

demacrados, famélicos, como los huéspedes del Licenciado Cabra; pero, así y todo, no se decide á privarlos por completo de brio y entereza; cuando llega á hacerlo, impone á los personajes como estigma de su indiferencia algo que no los hace ni atractivos ni afables, sino ridículos y risibles. También se descubre el influjo de su salud privilegiada y de su eterno buen humor en la frescura de sus paisajes, aun cuando los abrase y pele el sol manchego, en la manera como la luz corre, salta, juega, lo alegra todo, matizando las hierbas, abrillantando los guijarros, dignificando y enriqueciendo los mugrientos harapos.

La serenidad un tanto africana de su carácter, le hacía considerar las cosas de la vida con calma filosófica, comprendiendo que inútil era atormentarse por lo que no se podía prever ni remediar; resignación fatalista que muchos tomaran por egoísmo mal encubierto; consta á quien le estudia aquí que era tomar

el rábano por mala parte; ni acertara tampoco quien considerase este aparente indiferentismo como falta de sensibilidad.

Teníala, en arte, como pocos la tienen, y el valor de admirar y de amar á quien lo merecía, defendiéndolo contra todo ataque. Adoraba á su madre hasta el punto de perder su constante alegría con sólo verla indispuesta, y la bondad anchurosa de su corazón fraternal puede verse expresada en sus diseños de la infancia pobre, en la ternura de las madres abrazadas á sus crias, en la conmovedora figuración de sus mendigos, en la marca de grandeza que sabe imprimir á los obreros, á los miserables, á los humildes, á cuantos luchan en la existencia. ¡ Ni cómo pudiera ser insensible el artista que dramatiza de tal modo sus escenas y con ellas se conmueve, que transmite la emoción, el terror ó el dolor á quién las contempla !

La malicia de las gentes va de contínuo más

allá del justo medio, y así como muchos le tuvieron por egoista, le tuvieron también por poco liberal en el manejo de su hacienda. Obedecía esta impresión á que daba cuando era justo y nó sin saber á quién ; no tenía apego material de avaro al oro, más bien menosprecio del dinero, pero le dolía ser engañado, deseaba que su caridad aprovechase; tenía por añadidura cuerdo espíritu de economía aprendido en el medio familial, fomentado por el ejemplo francés; virtud y sensatez que bien hizo en tener Daniel, como los hechos se encargaron de corroborarlo, pues de ser loco y pródigo sin concierto, cuando catástrofe terrible vino á probarle que la ventura no es tan constante como el propio esfuerzo, el aplaudido artista habríase hallado de la noche á la mañana sin tener que comer ó á costa de los suyos.

Partidario de la tranquilidad, del sosiego, tenía momentos de pereza, gustándole fumar

en calma perfecta, pero duraban ménos que la pipa encendida, el instante de reflexionar que perdía el tiempo. Convencido de que nada se improvisa, de que el trabajo no se hace solo por fácil que sea la facilidad adquirida, poseía la paciente tenacidad de los grandes trabajadores, la conciencia del deber y el contento de haberlo cumplido.

Distraíase de la obra comenzada, por acaso, para descansar; no la olvidaba, seguía viéndola mentalmente y tornaba á ella cuanto antes para terminarla, pensando ya en la que debería empezar luego. Todo ello sin desasosiego febril, sin inquietud, seguro de sí mismo, confiado en su aliento y robustez.

Prolijo, como lo manifiesta su afición á los detalles, salvo cuando el asunto requiere ancha y generosa factura, gustaba de mezclarse en las cosas más pequeñas de la existencia material, punto fenomenal, al parecer, en criatura de tan claro ingenio; lógica, sin embargo, si

se piensa que por su constitución, su amor al natural, estaba apegadísimo á la tierra y gozaba plenamente de vivir.

Justo es señalar aquí que, á pesar de esa tendencia, de agradarle las mujeres con frescas mejillas y bien en carnes, distaba mucho de ser sensual y era más bien casto, por sentimiento de la reserva de sus fuerzas que su empresa necesitaba, por cierta cortedad con la mujer, por el temor de que la hembra desordenase y corrompiese su existencia de trabajador. Tuvo, sin duda, aventuras pasajeras, pero una sola séria ántes de casarse con la madre de sus hijos.

Franco, no dejaba de serlo ni cuando compañeros sometían á su apreciación algún trabajo, aunque á veces expresara su sentir con reticencia irónica si el interesado era orgulloso, decía con claridad cuanto le pasaba por la cabeza, sin pensar siquiera que pudiese herir la susceptibilidad de alguien, puesto que no

era semejante su designio. Si lo notaba, con su costumbre de leer á libro abierto en las fisonomías, reparaba al momento la falta con explicaciones mitigadoras y reales efluvios de bondad para sus amigos. No fueron éstos muchos, puesto que las amistades que así pueden llamarse exactamente abundan poco, y tal vez cabe afirmar ahora, para satisfacción del cariño por tantos años recibido y devuelto, que el único amigo real y efectivo, nunca olvidado y siempre querido, fué quien consagra este recuerdo á su memoria.

Se ha dicho á menudo y el último que ha renovado la afirmación ha sido Gabriel Hanotaux en su libro á cerca de la instrucción, que es inútil recargar la cabeza con enseñanzas que de nada servirán luego, y que el mejor libro no vale la vida cuando se entra jóven en ella, pues enseña lo que no se aprende en las aulas, la iniciativa. Daniel confirmaba este parecer; primero, porque la instrucción en

España, siendo él niño, era más que insuficiente; segundo, porque no puede el hombre saberlo todo, y cuando se dedica á un ramo del saber con tan completo exclusivismo como Vierge al dibujo, descuida necesariamente lo restante. No tenía pues vastísima cultura ni le hacía falta, siendo sólida la que poseía; discutiendo con rectitud tal de juicio y argumentos tan adecuados como el más leído.

Verdad es que leído había y sobre todo oído leer, placiéndole escuchar cuando trabajaba. Sus gustos literarios eran excelentes, yendo como bien se calcula, á los autores que son en letras, lo que él mismo fué en arte, amantes del natural. El « *Quijote* », los Picarescos, Larra, Mesonero-Romanos, Solís, ésos eran sus autores de predilección con algunos poetas, en especial Becker y Campoamor, y los dramaturgos de la edad de oro.

Hubiera querido poder ilustrar todas sus obras, y tal vez existan en sus papeles apuntes

sobre algunas escenas de Calderón, si no se han extraviado en sus frecuentes mudanzas, como otros muchos de la proyectada edición en folio de « *Gil Blas* » que no le permitió el destino llevar á cabo. Con efecto, al ocuparse en ella y tenerlo todo preparado para comenzarla, fué cuando se durmió sano, vigoroso, y se levantó paralizado del costado derecho, con la terrible afasia que debía persistir, hasta su muerte, casi completa.

¡ Oh doloroso trance bien á propósito para acrecentar la duda ! Tenía cosa de treinta años, salud envidiable, existencia metódica, sin vicios ni excesos, peregrino ingenio, porvenir no ménos envidiable que su salud, alientos para emprender obras colosales que aprovecharan á la humanidad, y todo ello venía á fenecer y desmoronarse por un accidente vulgar, por la traicionera é inesperada hemiplejia. ¿ Designios ocultos de la divina Omnipotencia? Muy ocultos, sí, tan ocultos que no tienen

explicación alguna y que sólo conviene atribuírlos á la casualidad que nunca supo lo que se hizo. ¿ Inevitable compensación de su hasta entónces brillante fortuna ?... Tal vez.

El golpe habría sido desconsolador y fatal á breve término si, por mala suerte, se hubiese dado cuenta exacta de su situación el artista; no fué así; su cerebro, tocado en muchas de sus celdillas, le permitió creerse enfermo para poco tiempo y curable, malgrado la brutal afirmación de Charcot que declaró, *delante de él*, que era « hombre perdido ». Fué más grosero el adjetivo, pero no lo admite la pulcritud de la lengua escrita. Y, creyendo que se curaría pasó años, repitiendo la palabra que fué una de las primeras que volvió á aprender « ¡ *Paciencia* ! ».

Porque, aunque sea muy conocido este detalle, muchos habrá que lo ignoren, Daniel había desaprendido á hablar; no guardaba memoria del nombre de las cosas ni de dele-

trear siquiera, incapaz de saber que *b*, *a*, suena *ba*. Lo sorprendente era la persistencia de la imagen en su cabeza. No recordaba que una botella ó un plato se llamaran así, pero sí la forma de lo que deseaba, y para pedirlo, lo dibujaba.

¿ Lo dibujaba ? Sí, con la siniestra intacta. Estos primitivos y torpes diseños de su mano izquierda debieron darle la primera idea de que, en tanto se curaba la derecha, bien podía llegar á dibujar con la otra. No dudaba de la curación, siguiendo infinidad de tratamientos que, por desgracia, habían de resultar casi inútiles; pero con ellos, el alivio de su firme esperanza, no se daba cuenta cabal del tiempo transcurrido, sobre todo logrando al cabo ligera mejoría que le consintió andar arrastrando la pierna, mover un poco el brazo y los dedos.

Tampoco apreciaba bien las nieblas que envolvían su nombre, en centro como Paris,

donde todo se olvida en ocho dias si no se mantiene el esfuerzo que revela la vitalidad y hace sonar la firma. El amor de los suyos, la afección de sus conocidos, de los verdaderos inteligentes que no lo olvidaban y se lo probaban visitándole y animándole, afirmándole que era cuestión de tiempo, le engreían en la ilusión de que todo el público le recordaba, hacía votos por su regreso al arte. Y debía volver á él con efecto, probando más todavía que hasta entónces lo hiciera, lo que era su constancia, la energía de su voluntad ; debía volver á dibujar y á pintar con la mano izquierda.

Se engañaría quien supusiera que hubo en Daniel ensañada lucha contra la dificultad á primera vista invencible, tremendos esfuerzos seguidos de postradores desalientos, cóleras y lágrimas en el aprendizaje de la mano que nada hiciera ántes y de la que se exigia ahora la habilidad de su hermana. No hubo más que

lo esencial de su carácter, calma, serenidad, *paciencia,* y el arraigado convencimiento de que siendo su deseo explícito dibujar con ella, lo conseguiría puesto que tal era su voluntad.

Mucho más hermoso é instructivo es el ejemplo así, pues enseña á no desesperar de nada, y eleva la confianza en el esfuerzo propio á lo que es, fuerza centuplicada que lo puede todo.

Todo lo que es posible, ha de entenderse. Porque, naturalmente ocurre la pregunta de si los dibujos hechos con la mano izquierda, son lo mismo que si los hubiese ejecutado la derecha. Lo son, y tal vez más suyos que los otros, en lo tocante á la mancha, pues no había desaprendido á crear luz como desaprendiera á hablar, lo son en cuanto á la corrección de la línea, pero hay en ellos algo, el qué es difícil de desentrañar, ya que se siente más bien que se explica, algo que revela que los ha diseñado la mano izquierda, y tal vez

consiste en cierto desaliño del detalle, en ménos gracia en el toque.

Lo comprendió sin duda él mismo, con su clarísima visión, porque cambió su manera habitual, dió á su factura más amplitud, más importancia aún al claro oscuro, se hizo más pintor, y en efecto, ése algo inquietante é inexplicable que se siente en los primeros dibujos, desaparece poco á poco en los siguientes y más aún en los cuadros al óleo.

No ha de tomarse esta observación como crítica, es mera prueba del momento de transición, y las obras del que, por muchos años se creyó muerto para el arte, son capaces de enseñar, es decir, dignas del maestro, y encierran bellezas de primer órden, los rasgos geniales de siempre que, más que nada, le impidieron tener discípulos, aunque tuviera innumerables imitadores.

Sabido es que, tan luego un hombre se presenta con moldes nuevos, si llega á conquistar

el público aplauso, los obreros de talento pero sin genio propio, llamados por la naturaleza á imitar, nó á crear, se lanzan en la expedita ruta y copian, las más de las veces de modo inconsciente. De estos imitadores surgieron muchos, y aún hoy existen artistas con razón estimados que de él proceden, aunque con manera personal.

En general, los que aquí se tienen más en vista, no pasaron de imitadores; de primeras y para los que no le estudiaron bien, el dibujo parecía de Vierge; pero, bastaba fijarse para convencerse de lo contrario precisamente por la falta de alguno de esos rasgos geniales á que se aludió, por algo *Suyo*, nuevo é inconfundible. Era muy excesiva su personalidad para poder formar escuela; quedará en la historia de la ilustración francesa de la segunda mitad del siglo XIX, como único ejemplar, capaz de dar lecciones, pero, en realidad, inimitable; la gloria que se unirá á su nombre

será la de haber provocado con su esfuerzo y su genio el renacimiento de la ilustración, infundiéndole una vitalidad, una verdad, una gracia que tenía perdidas hacía tiempo.

Es indudable que habría hecho más aún sin la catástrofe en la que dejó lo mejor de sí mismo, no sólo como producción, pues era la labor con la mano izquierda mucho más lenta que anteriormente, se cansaba más pronto; sino como mérito intrínseco ya que, como dicho queda, era de los rarísimos artistas que no se eternizan en una manera, aunque obtengan el favor público; que exploran nuevos campos, que se renuevan de continuo en búsqueda incesante y siempre afortunada.

En este país de las clasificaciones era imposible incluirlo, en una clasificación, siendo notable en todos los géneros què afrontaba, hasta en la caricatura política, que algunas hizo en un principio.

Fuera imposible examinar la obra artística

de Daniel de otra manera á la seguida aquí, en conjunto y en cifra; además ¿ para qué ? Nada vale la descripción ni el análisis crítico cuando se tienen los libros á mano y pueden hojearse. El lector culto que emprenda ése examen, saldrá de él con el ánimo contento y admirado. Empero, por grande que aparezca y sea realmente Vierge, no se puede ménos de pensar que más grande hubiera sido todavía, de consagrarse en absoluto á la pintura, sin esperar tanto. Un notabilísimo maestro francés decía á este propósito, lo que sigue que da más fuerza y apoyo á lo enunciado en este ensayo :

« He visto en su taller los bocetos pintados « que cubren las paredes con platos de reflejos « metálicos y panoplias, y puedo decir que « hay en Vierge un colorista de soberbia fran- « queza, un maestro en el arte de manchar. Mi « sincera opinión es que si Vierge se decidiera « á afrontar su enfadosa estrella, no tardaría

« en subir al más elevado rango de los pin-
« tores contemporáneos, dejando muy léjos á
« Fortuny, y tal vez á Meissonnier. Se lo digo
« aquí como lo siento, seguro de que la crítica
« sagaz será de mi parecer, convencido de que
« el artista atiende demasiado los consejos
« de su modestia y de ciertas personas intere-
« sadas en tenerlo sujeto al yugo de la ilustra-
« ción. A menudo he oído á los artistas pre-
« guntar si había un pintor en este admirable
« dibujante, de quien cada producción nueva
« se recibe en los talleres como lección sema-
« nal de ciencia y de sinceridad, y todos de-
« claraban que, de existir ese pintor, sería
« uno de nuestros maestros ».

El pintor existía en él desde la infancia y toda su producción lo manifiesta, pero no llegó á revelarse cuando era tiempo. Bien se ha notado, dicho y repetido que no sacrificaba ninguno de sus ideales al gusto público, que era éste quien había de venir á él para aprender y

seguirle. Esta entereza de su conciencia artística era mucho más intratable aún en pintura; quería pintar lo que se le antojara y como lo sintiese, sin preocuparse de si gustaba ó dejaba de gustar, y ménos aún de vender. Para seguir tales intenciones, necesitaba de todo punto base metálica, modesta como sus aspiraciones, que le permitiera trabajar á su sabor, sin más idea segunda que la de hacer hermosura.

Por éso, más que por los consejos de su modestia, pues afortunadamente conocía su valer, no dejaba el yugo de la ilustración que le aportaba los elemèntos materiales que deseaba. Esperaba ocasión propicia para dejarlo y comenzar á pintar, sin hacer ya otra cosa. El « *Gil-Blas* », que le aseguraba crecidísima suma, en poco tiempo, debía ser el último libro que ilustrase.

Ya se sabe cómo no lo ilustró y por lo mismo no se reveló el pintor que todo el mundo pre-

sentía y aguardaba. Más exacto será decir que se reveló á medias, pero en condiciones tan diferentes que no podían permitirle llegar á lo que anhelaba y habría alcanzado. « Enfadosa estrella », decía el crítico francés, y no está mal dicho; pero, en suma, si no llegó como pintor á la altura que le designaba su genio, quedará su nombre en la historia del arte como el del dibujante más sentido, sincero y colorista de su tiempo. De cuerdos será contentarse con esa estrella por más enfadosa que sea, llamándolo con el académico Don José María de Heredia, « renovador y príncipe de la ilustración moderna ».

Para los que le trataron y tuvieron la suerte de acercársele, quedará la satisfacción de haberlo conocido ; para los que, merced al cariño que le tuvieron, y al recibido de él, lograron penetrar en su alma templada, bondadosa, varonil, para recrearse en las virtudes que la perfumaban, quedará el recuerdo

del hombre, ni ménos noble ni ménos amable ni ménos grande que el artista.

Con el alejamiento que el pasar del tiempo impone á las figuras célebres, y á medida que los contemporáneos desaparecen, sus imágenes quedan tan esfumadas y borrosas que apénas se distinguen; cierto es que un crítico sutil, aún después de años y de siglos, conseguirá descubrir la esencia verdadera del hombre en sus obras y reconstruirlo tal como fué.

Si estas líneas, más ricas en intención que en mérito, se salvan del olvido, y después de yacer en el polvo de las bibliotecas van á manos del crítico sutil á que se alude, tal vez le procuren base suficiente para el estudio completo que este ensayo se ha propuesto buenamente esbozar.

ACHEVÉ D'IMPRIMER

SUR LES PRESSES TYPOGRAPHIQUES

DE LA

MAISON G. MAURIN

A PARIS

71, RUE DE RENNES

Ce vingt-quatre juin mil neuf cent quatre